

Domingo 22 del tiempo ordinario - Ciclo A - 30.08.2026 - Mt. 16, 21-27

El evangelio de este domingo nos invita una vez más a situarnos como aprendices en este camino de descubrir y asimilar el modo de ser Mesías de Jesús. Un aprendizaje que, por un lado, vemos hacer al mismo Jesús, como en aquel encuentro en las fronteras con la mujer sirofenicia. Y que también recorren sus discípulos, muchas veces más expectantes de subirse al carro de sus éxitos y las aclamaciones de la gente que quiere hacerlo rey, que de captar lo que el mismo Jesús quiere comunicar con sus gestos, sus preferencias, sus vínculos, su entrega.

En el inicio del texto que hoy continuamos leyendo, Jesús alaba a Pedro que es capaz de captar, como un don del Espíritu, lo más hondo: su ser Hijo del Padre, el Mesías. Pero luego le dirige palabras muy duras: tus pensamientos me hacen tropezar... tus planteos no son los de Dios. Una situación muy parecida a lo que nos relatan las tentaciones del desierto: la propuesta de una salvación desde arriba, sin contar con las personas como protagonistas, sin hacerse cargo del lento proceso que implica amar gratuitamente.

Pedro quiere a Jesús, le dejó subir a su barca, lo sigue de cerca, lo reconoce Mesías, pero pareciera que cree tener una idea acabada de quién es Jesús, y de cómo tiene que actuar, y de ningún modo entra en ese esquema una propuesta que no incluya el éxito sobre los enemigos, el triunfo glorioso sobre quienes los dominan, o el imponer a la fuerza el proyecto de Dios.

Esta tentación de Pedro la vivimos también hoy, cuando nos creemos con derecho a determinar quiénes o cómo tienen que ser los demás. Muchas veces con la mejor buena voluntad queremos imponer el modo de salir de una situación, sin contar con las personas, especialmente cuando viven situaciones de mayor vulnerabilidad, prescindiendo de la más mínima reciprocidad en nuestro modo de situarnos.

Quizá una invitación para nosotros es redescubrir que seguir a Jesús es ir “detrás de él”, siempre caminantes, siempre en proceso de amar más, de incluir más, de compadecer más. Siempre discípulos frente a la tentación de ubicarnos en el podio de los ganadores, olvidándonos que todos dependemos de todos.

Y asumir que intentar amar a su modo, tarde o temprano trae consigo sufrimiento, no porque lo busquemos, sino porque descentrarse para vivir la fraternidad y la justicia que brota del amor encontrará resistencias, en nuestro propio corazón, y en las estructuras que buscan otros intereses y conquistas.

Que en nuestra comunidad podamos seguir ayudándonos a ser siempre caminantes, atentos a quienes desfallecen bajo el peso de tantos sufrimientos, capaces de hacernos cargo, desde nuestra fragilidad, de transformar con otros lo que no da espacio a la vida.



Carina Furlotti